La paz influye sobre la evolución de la conciencia
¡La prevención efectiva de la violencia es posible!

La fuente sellada de la paz

El aumento de la violencia muestra que nos comportamos con nuestros semejantes del mismo modo en que nosotros no deseamos ser tratados. Sea como sea, sin esforzarnos en conocernos a nosotros mismos permaneceremos ciegos ante la verdad que subyace a este comportamiento nuestro.
En las culturas civilizadas es costrumbre desde hace milenios separar a los recién nacidos de sus madres y bien ponerlos en una cuna o en una habitación aparte para niños, bien simplemente confiarlos a manos ajenas. De este modo se impide el contacto primario, decisivo y amplio entre la madre y el recién nacido, es decir, la fase llamada *imprinting* (*impronta*). Una de las consecuencias de la falta de *impronta* no es otra que la predisposición a servirse de la violencia siempre que se reviva el sentimiento de impotencia reprimido de la primera infancia.
Para que „la lucha contra la violencia" se convierta en una efectiva prevención de la violencia misma es necesaria una previa *metanoia* de la conciencia, un cambio que permita crear las condiciones personales y sociales necesarias en que ha de tener lugar *la impronta*.

Autor: Willi Maurer

La toma de contacto con el niño que somos en nuestro interior

Desde el día 11 de septiembre de 2001 contamos con una prueba más del espantoso modo en que las personas pueden dejarse llevar de la violencia y cometer acciones belicosas siempre que se azucen los temores irracionales y se atente contra la dignidad humana. Salta a la vista que todas las personas, comunidades o estados que se sirven de la violencia comparten las siguientes características:

- el sentimiento de ser víctimas (¡no es infrecuente que se eche leña al fuego para poder desempeñar justamente la función de víctimas!) e intentar desquitarse del sentimiento de impotencia o de vengarse de la injusticia sufrida;
- la creencia de tener la razón de la propia parte.

¿Cuales son los factores condicionantes que tan fácilmente nos convierten en mero instrumento de las fuerzas destructivas? ¡Para encontrar una respuesta a estas cuestiones sería necesario un cambio de perspectiva, justo ese cambio que ya ha tenido lugar en aquellas personas que se encuentran en contacto con el niño que todos llevamos dentro! Quién aún no haya dado con esta veta, puede acceder a ella gracias a los recién nacidos. Los bebés pueden ser nuestros maestros al ponernos en contacto con aquellos dolorosos y escindidos sentimientos sufridos en nuestra más tierna infancia.

Muchas personas, movidas de la opresión causada por este dolor, han podido acceder por medio de unas experiencias profundas a las marcantes vivencias de la infancia. Los testimonios de estas personas muestran de un modo bien patente que la inclinación a servirse de la violencia es siempre el intento de rechazar el sentimiento de impotencia. Se trata en todos los casos de la evocación o remembranza de un viejo sentimiento, lo cual sucede la más veces de un modo imperceptible, puesto que, junto con las mismas dolorosas experiencias originarias, lo hemos escindido de nuestra conciencia.

Esta escisión se transmite desde hace siglos en todas las culturas civilizadas, según se evidencia en el hecho de que a los recién nacidos se los aparte de sus madres y simplemente se los segregue, como quedó dicho, en su cunita, en la habitación de los niños o en manos ajenas (1). A pesar de que la dispensa de atenciones en los partos no tenga que reclamarse ya como algo excepcional, como hace pocos años, aún en la actualidad se es precariamente consciente de la transcendencia *de la impronta*, el contacto íntimo y en todos los sentidos entre la madre y el recién nacido tras el parto así como la necesidad de que la madre lleve al bebé consigo durante la lactancia. Entre tanto contamos con muchos indicios relativos a la esencial importancia de la *impronta* en relación a la vida íntegra de las personas.

De las investigaciones zoológicas conocemos las desastrosas consecuencias relativas al comportamiento social y la ulterior maternidad que pueden darse por causa de la falta de la *impronta*. La madre y el bebé no se reconocen y muestran diversos trastornos en la conducta, los cuales hasta pueden poner en peligro la vida misma.

Lo que se observa en las personas no es muy diferente, acaso incluso peor. Sucede esto porque el ser humano, desde un punto de vista biológico, es un ser que ha de ser llevado estrechamente al cuerpo (2). Los bebés humanos poseen ya al nacer del reflejo de agarrarse, con lo cual señaliza que desea adherirse al cuerpo de la madre. Si esta inclinación no es percibida y la madre consecuentemente no reacciona a ella, se crean las condiciones de la infelicidad (3).

En todo caso es erróneo culpar de ello a las madres, pues también ellas son víctimas de este círculo vicioso de hechos. Para superar este estado es necesario un cambio en las conciencias no solamente a nivel personal, sino igualmente social. Precisamente esto es tan difícil porque al encontrarse las personas escindidas de estas prematuras vivencias infantiles, tampoco se encuentran en condiciones de percibir inmediatamente el sentido de nuestras palabras.

Un impedimento más consiste en el hecho de que, partiendo de criterios científicos convencionales, es imposible demostrar que la inclinación a la violencia sea consecuencia de las traumáticas vivencias de la más tierna infancia. Los testimonios al respecto, por más veraces que puedan parecer, no dejan nunca de ser subjetivos. No obstante existen investigaciones empíricas psicologíco-profundas, como las de James W. Prescott (4) o Michel Odent (5), que confieren todo crédito a la tesis de que la inclinación a la violencia se relaciona con la escisión y las traumáticas experiencias sufridas en la primera fase de la vida tras el nacimiento.

Investigaciones psicológico-profundas

En un proceso autocognocitivo de varios años que tuvo lugar en el marco de diversas formas de terapia holísticas tuve la oportunidad de formar parte junto con una docena de terapeutas (algunos de ellos principiantes) de un círculo experimental y de investigación durante el transcurso de un año. Diariamente compartíamos durante horas (6) (durante las 24 horas del día en las fases de convivencia intensiva) la misma dependencia.

Creamos unas estructuras que nos permitían expresar nuestros conflictos de un modo emocional y corporal y sumamente intenso y, sin embargo, sin correr ningún tipo de peligro, (contábamos, por ejemplo, con un local completamente acolchado; todos los participantes se responsabilizaron íntegramente de sí mismos y se intercambiaban en las funciones de acompañante y de la persona emocionalmente afectada). Sabiendo que estamos muy acostumbrados a apartar de nosotros las situaciones conflictivas que llegan a resultarnos insufribles, renunciamos conscientemente a la posibilidad de retirarnos, ya que precisamente estábamos interesados en investigar precisamente lo que pueda pasar en caso de no distanciarnos. Estas estructuras nos permitían sondear nuestra vida afectiva hasta sus propias raíces, a nivel de la primera infancia, de la fase del nacimiento e incluso prenatal.

Entre unos y otros aprendimos a aplicar diversos métodos terapéuticos humanistas en relación a las situaciones concretas habidas y finalmente nos fue posible someter a prueba en el grupo las prácticas que daban resultados tanto aceptables como negativos. A partir de estas experiencias intensas y variadas que abarcaban nuestra vida interior íntegra, surgió con el transcurso de un año todo un cúmulo de conocimientos acerca de la convi-

vencia humana, que sobrepasaban con mucho las experiencias surgidas meramente a partir de los procesos terapéuticos (6).

Las experiencias vividas nos mostraron con toda evidencia que al comportamiento dado en las relaciones humanas, la violencia y la sexualidad de nuestros círculos sociales subyace algo muy diferente a lo que anteriormente pensábamos: el deseo de acceder al bebé que llevamos en nosotros mismos, el manantial de la vida, la madre. A este respecto descubrimos también el motivo de la diferencia dada entre los comportamientos típicamente masculino y femenino.

El origen de la violencia

¡Un niño! ¿Qué motivos tendrá para llorar? Al fin y al cabo, al contrario que en el caso de las niñas, se lo recibe con alegría, luego debería tener muy buenos motivos para sentirse querido. Mas sin embargo el niño comprende rápidamente que el interés no va destinado por su verdadero ser. Se tiene muchas expectativas respecto de él, que es mostrado con orgullo, y no obstante se lo deja aparte en la habitación de los niños. Su llanto no es reconocido como lo que verdaderamente es, expresión de su necesidad de ser llevado muy junto al cuerpo de su madre.

En tanto bebé se encuentra en una situación sumamente confusa: es apreciado y simultáneamente dejado a parte. Esta situación se agrava siempre que el bebé deba llenar además el vacío de la madre producido por la ausencia del padre. En ese caso debe soportar una proximidad excesiva que le produce una sensación de opresión. Su anhelo de ser llevado simplemente sin tener que pagar por ello permanece sin cumplirse. En los niños varones sometidos a este tratamiento arbitrario se crea un profundo sentimiento de impotencia unido a la envidia por el poder de que goza la madre.

Cuanto mayor sea el niño varón, por tanto, más intenta desprenderse de la opresión de la madre... y sin embargo inevitablemente revivirá la vieja sensación de angustia por causa de ciertas convenciones sociales o bien por el deseo de su pareja de sentir mayor proximidad. Entonces es posible que el viejo odio se llegue a expresar en una oposición violenta, en una lucha por la "libertad". El temor ante el sentimiento de impotencia lo impulsa a desarrollar estrategias que le confieran poder. Estas estrategias se vislumbran en las tendencias a la globalización, en el desarrollo armamentista y en la intimidación de las armas nucleares.

Niña buena y formalita. Es evidente que en primer lugar son los hombres quienes cometen acciones violentas. Cabe preguntarse entonces si acaso existe la violencia femenina. Pues sí, existe, no obstante apenas es percibida como violencia. La mujer se diferencia del hombre por causa de su experiencia profunda durante la infancia, el hecho de ser menos deseada por los padres.

El bebé femenino es tradicionalmente menos apreciado que el masculino. Por este motivo la niña siente que carece de valor. Para dejar de ser una carga al menos, renuncia a sus necesidades, se deja atender fácilmente y se encuentra dispuesta a ayudar. Intenta pues sentirse aceptada y querida siendo "buena". Además aprende a ocultar el odio hacia estas circunstancias en que le ha tocado vivir, ya que expresarlo sería mayor motivo de rechazo. En su impotencia ya de jovencita dirige entonces su odio reprimido contra sí misma. Este se manifiesta en de sentimientos de culpa, autolimitaciones y tendencias autodestructivas.

No es entonces de extrañar que la mujer adulta, que vive en el temor latente de ser abandonada, frecuentemente se resigne a aceptar tan dolorosa situación. El silencio de las mujeres contribuye a reforzar el poder de los hombres.

Ambos, tanto la mujer como el varón, buscan en la relación con sus respectivas parejas la cercanía que no vivieron con la madre en la infancia.

La mujer desea ser salvada de su soledad y busca la proximidad; si recibe justamente esto, se siente querida.

El hombre, por el contrario, se siente querido cuando se respeta su necesidad de distancia y libertad. Así pues los conflictos están ya programados siempre que los miembros de la pareja se comporten respectivamente como la madre de la infancia. Se convierten simbólicamente uno para el otro en el pecho de la madre, que puede darse o negarse... y entonces se reviven frecuentemente los viejos sentimientos de envidia, celos y odio. Esta sería la oportunidad de conocer al bebé que llevamos dentro con su impotencia, así como reconocer su anhelo de calor y proximidad como una inclinación cuyo origen ha de buscarse en la infancia. Si esto no sucede, se culpa a la pareja de la propia infelicidad, lo cual, a su vez, condiciona frecuentemente que tanto el hombre como la mujer sufran por negárseles el cariño, imponérseles distancias o incluso ser tratados violentamente.

La expulsión del paraíso

La escisión respecto de la totalidad es, según mis experiencias, idéntica con la escisión del niño que llevamos dentro. Con seguridad que esta escisión no ha sido provocada por la pérdida de la seguridad acontecida al haber sido expulsado del cuerpo de la madre o por un nacimiento traumático; antes bien es la consecuencia de haber sido dejado aparte tras el nacimiento, con lo cual la beneficiosa recuperación del trauma natal junto al cuerpo de la madre y la llamada *impronta* resultan imposibles (7).

Está claro que las guarderías para bebés, sobre todo para padres que deban hacerse cargo de sus hijos sin pareja, suponen un gran alivio. En todo caso si a causa de ello se evita la fase de la impronta entre la madre y el bebé, se crean las condiciones de una dolorosa vida humana, de destructividad y sentimiento de escisión.

Las estructuras psicológicas masculinas y femeninas descritas se dan también de forma mixta. Ultimamente los hombres jóvenes presentan más frecuentemente la estructura psicológica típica de la mujer y ello, a saber, porque con motivo de la emancipación femenina y la integración de la mujer en la vida laboral, los bebés varones dejan de disfrutar de un trato preferente o de ser atendidos en exceso por la madre.

Experiencias que marcan

Siendo niño expresaba yo mi anhelo de ser amado de un modo que a mis padres era incomprensible y hasta llegaba a resultar desagradable. A fin de poner límites a mi conducta se servían de castigos que yo, por mi parte, consideraba sumamente injustos. Así comenzó un círculo vicioso para todos los implicados cuyo punto álgido tuvo lugar cuando a la edad de once años, con la carabina militar de mi padre, me puse ante mis progenitores exigiéndoles que me quisieran. Atónitos me aseveraron que su amor hacia mí se demostraba de un modo clarísimo en todo lo que yo tenía: una casa, mi propia cama, suficiente comida y una bicicleta, es decir, cosas de las que muchos otros niños carecen. Como ignoraba yo que el amor pudiera ser algo diferente, me sentí anonadado y aparté la escopeta.

Ya de adulto, a través de muchas sesiones terapéuticas, encontré el modo de acceder a mis verdaderas necesidades: el deseo de ser tomado en los brazos como mi hermano pequeño. Si hubiera podido expresar esto mismo a mis padres, con seguridad que me abrían abrazado cariñosamente. Pero cómo puede llegar a darse semejante incapacidad de percibir y expresar las necesidades más íntimas?

En muchas sesiones terapéuticas fui acercándome paulatinamente a la verdad de fondo. Inmediatamente tras mi nacimiento me separaron de mi madre y me dejaron sólo en la habitación, como entonces era costumbre. Pasé pues las primeras horas de mi vida solo, llorando y sintiéndome infinitamente desolado. Cuando finalmente fui tomado en brazos por mi abuela, me sentí insensiblemente frío y enajenado.

Se esforzaba ella por darme el biberón con todo cariño, pero yo, acosado por los dolores de vientre, me oponía con todas mis fuerzas... sin el menor éxito.

Sumido en mi dolor no sentía ya en absoluto aquello que de verdad necesitaba, es decir, el contacto con mi madre.

Cuando mi madre se recuperó del difícil parto y pudo ocuparse de mí, era yo un niño difícil y negativo que la ponía al borde de la paciencia, aunque ella deseaba ser una buena madre. A mis inciertas expresiones emocionales respondía ella con miradas iracundas y con palmadas y, caso que ni siquiera por este medio me comportara tranquilamente, me colocaba en la cuna sin nada de ternura. Entonces no me quedaba otro remedio que llorar de pura impotencia hasta la resignación y el profundo convencimiento de que, si me atreviera a expresar mis sentimientos, sería entonces cuanto más indudablemente llegaría a perder el amor que tanto necesitaba. Así llegó a suceder que mucho después, estando plenamente en posesión de la palabra, no fuera capaz de expresar mis verdaderos anhelos y necesidades.

Lo que ha permanecido es el deseo del "amor", un anhelo tan extendido en nuestra sociedad, que parece natural deducir se trate de una inclinación natural. Siendo un joven adulto tampoco llegaba a comprender claramente la procedencia de los sentimientos de odio que solía experimentar al escuchar los gritos de cualquier bebé.

Vandalismo y xenofobia

A través a mis largos años de experiencia con los métodos psicológicos emocional y corporal aplicados en grupos y, por ende, siendo testigo de los procesos regresivos, puede observar repetidamente que, aquellas personas impedidas de experimentar la fase de la *impronta*, cooperaban a condicionar ulteriores traumas infantiles de tal modo que finalmente se encontraban encerradas en un círculo vicioso en el que se repetía la traumática situación originaria. Si se dirige la madre, por ejemplo, a uno de los hermanos o a su pareja, reaccionan estas personas con ira y odio. Puesto que estas manifestaciones, no obstante, son castigadas con privación de cariño, golpes o exclusión, se ocultan semejantes sentimientos y se comporta uno como un niño "bueno".

El odio reprimido de los "mansos" regresa acaso en forma de fastidio al escuchar el grito de un bebé, en tanto simpatía frente a los arrojadores de piedras y bombas cuando hacen referencia a ellos los programas de televisión o bien se puede mostrar en la entrega de su voto a un partido que niega el asilo político a los menos privilegiados.

En todo caso hay niños a los que no se les puede impedir por medio de castigos odiar asesinamente a los hermanos que aparentemente recibieron justo lo que ellos tan dolorosamente echan de menos. Algunos de estos niños pueden disciplinarse por medio de la privación de cariño o excluyéndoselos, mas no obstante, al ir haciéndose mayores, el odio contenido encontrará su válvula de escape de alguna manera u otra. El amplio repertorio de los comportamientos destructivos muestra precisamente esto mismo. ¿Pero qué sucede con aquellos otros niños a los que no es posible someter nunca? Muchos de ellos pasan por todo tipo de instancias de las instituciones sociales. Al revivir repetidamente el sentimiento de ser discriminados o encontrarse excluidos, se sienten tan profundamente ofendidos en su dignidad que finalmente deciden vengarse por todo lo que han vivido como una injusticia, para lo que necesitan un culpable a modo de víctima propiciatoria. Por causa de su sentimiento de impotencia algunos se vengan de la sociedad (en tanto representante de la madre de la primera infancia), contraviniendo las leyes, mancillando los valores simbólicos, destruyendo la idílica paz y los ideales sociales.

El viejo odio contenido que primeramente iba dirigido contra los hermanos preferidos se manifiesta entonces como xenofobia y hostilidad frente a personas de otras culturas o bien en forma de actos violentos y terroristas contra una minoría aparentemente privilegiada como, por ejemplo, los acogidos al derecho de asilo atendidos por el estado.

Los jóvenes que muestran una personalidad de semejante estructura, además de la satisfacción de su inclinación a la destrucción, encuentran en los círculos de la extrema derecha cierto reconocimiento y un sentimiento de pertenencia filial, es decir, justo aquello que hubieran necesitado en la primera infancia. En los círculos de la extrema izquierda, a decir verdad, luchan por la justicia social y sin embargo, por causa del odio contenido con el que intentan conseguir sus ideales, se sirven de los mismos métodos violentos que critican a sus adversarios.

El hierro y el imán

La mixtura de las tendencias destructivas descritas, procedentes de las humillaciones tanto individuales como colectivas, son, igual que el hierro, susceptibles de ser atraídas por el imán. Este potencial se nutre y satisface con los medios de comunicación sensacionalistas, conque no es, pues, de extrañar que las personas y los círculos de personas influyentes intenten controlar estos medios. Y tampoco es de extrañar que las personas con odio reprimido unido al anhelo de amor surgido en la infancia sean precisamente quienes consuman la oferta de estos mismos medios.

El potencial de violencia y odio del que estamos dotados las personas es de efectos sumamente destructivos en el propio entramado social siempre que no se tenga éxito en el cometido de proyectarlo a una víctima propiciatoria. Desde esta perspectiva resulta comprensible porqué tras la apertura del telón de acero los EE.UU. no tuvieron miramientos a la hora de ponerle a algunos países la etiqueta de "estado de canallas". Sirviéndose de unas informaciones falsas y silenciando los hechos en los medios de comunicación se desvía el potencial de odio contenido en las personas a ciertos países y sus estadistas. La meta consiste en influenciar a la opinión pública de tal modo que parezca justificado servirse de la violencia.

Estos métodos conocidos del Nacionalsocialismo, del Estalinismo o de la Guerra del Vietnam desempeñaron también una destacada función en los acontecimientos en torno a la cumbre de los G8 de Génova, el atentado del 11 de septiembre de 2001 contra las torres del WTC (ciertos indicios hacen incluso sospechar de la participación de los propios servicios secretos) y a la ocupación de Palestina.

¿En qué casos puede ser más provechoso asignar la imagen de canallas y terroristas sino a aquellos estados y gobiernos que sean un obstáculo a los codiciados recursos materiales? La sucia guerra en Afganistán y en Israel, que sirven a unos propósitos bien diferentes a los confesados, evidencian a todas luces eso mismo.

Abuso del poder

¡Con el estado mundial habido hoy en día deberíamos alarmarnos a toda prisa, ya que es de extrema urgencia tomar conciencia y cambiar de parecer! El caldo de cultivo del racismo y de los prejuicios religiosos está demasiado bien preparado por las mismas personas a través de los procesos que tienen lugar en torno al nacimiento y las primeras experiencias en la vida.

La Alemania de los tiempos de Hitler puede servirnos como un caso ejemplar impresionante.

Las consecuencias de la separación de bebés y madres practicada en la Alemania de los tiempos de Hitler deberían abrirnos los ojos (he aquí entre otros hechos el culto de las masas psicotizadas y el espíritu de camaradería nacionalsocialista que llega hasta la idealizada *obediencia cadavérica*). Sin embargo incluso en nuestros días para tratar de esta cuestionen hay que romper nada menos que un tabú (8).

Es conocido que en los quibucims los niños pequeños son separados de las madres tan pronto como sea ello posible para ser atendidos en guarderías de bebés de modo que las madres se encuentren libres para poder participar en el proceso de construcción del nuevamente creado estado de Israel. También deben aprender los niños un comportamiento social tan pronto como sea ello posible.

El sentimiento de filiación al grupo y después al estado compensan la precoz pérdida del contacto con la madre.

Bruno Bettelheim ha descrito exhaustivamente las consecuencias de este método (9). Entre otros hechos menciona el raquitismo emocional y la capacidad de intervenir en pro del bienestar social, lo cual son ideales características de unos soldados de todo fiar y dispuestos a todo (¡con excepciones cada vez más numerosas, ciertamente!) los cuales, por otra parte, sirven de grado a los intereses colectivos del estado.

Mientras se tenga una víctima propiciatoria ajena, esto es, el pueblo palestino, o alguien en quien proyectar el odio y satisfacer la sed de venganza por las vejaciones profundamente reprimidas y sufridas en la infancia temprana, a los manipuladores que se encuentran tras el telón de fondo les es fácil matar varios pájaros de un tiro:

- mientras no haya el tiempo para la autodeterminación, no se manifiesta el dolor interno (pero justamente eso sería necesario para revisar las humillaciones individuales sufridas);
- por medio de la conducta belicosa se crea tanto dolor nuevamente, que no hay lugar a un proceso de duelo auténtico y propiciador de la paz en relación al viejo sufrimiento colectivo acumulado a lo largo de muchos años tanto por el pueblo israelita como palestino;
- mientras sea posible evitar este duelo se sigue reproduciendo la escisión a lo largo de generaciones tratándose a los bebés del mismo modo en que uno mismo ha sido tratado. Y así es como se desarrollan nuevas generaciones que con su inclinación servirán a unos fines expansionistas.

El Dorado de los Global Players

El sentimiento del abandono se compensa en nuestro ambiente cultural con sucedáneos simbólicos: primero con el chupete y el biberón, con juguetes y dulces, luego con tabaco, drogas y estupefacientes así como un excesivo consumo (10) y costumbre por los artículos de moda.

Todos estos intentos de subsanar estas carencias son el cimiento de un nuevo El Dorado de rapaces. Tanto por medio de la avaricia como del excesivo consumo participamos en la formación de unos bloques comerciales que desempeñan su función de un modo oscuro y que se esquivan al poder político.

El fracaso de las religiones

El cometido de las religiones no debería ser otro que mostrar las vías que pudieran liberarnos de nuestro caos interior; el porqué no haya sucedido esto se muestra en el expresivo ejemplo del traductor bíblico y reformador Martín Lutero.

En su intento indudablemente encomiable de proteger a las personas de la fatalidad dio a conocer la opinión de que los niños pequeños deberían aprender en primer lugar a poder estarse solos. Llegó a la conclusión de que el llanto del niño debería impedirse por todos

los medios. Caso que esto no fuera posible, habría de suponerse que se tratara de un niño suplantado (la figura aparece frecuentemente como una criatura hechizada en los cuentos de los hermanos Grimm), en cuyo caso lo apropiado pudiera ser matarlo para protegerse del diablo (11).

¡Qué locura! ¡Las madres apartaban y siguen apartando de sí a sus hijos siguiendo un consejo eclesiástico! Y cuando el niño llora con grandísima desolación a fin de poder expresar la necesidad que tiene de su madre, es malentendido precisamente por aquellos que se encuentran escindidos de sus propias emociones primigenias por causa de los traumas sufridos durante la infancia, la misma razón por la que adolecen de seguir ciegamente a la autoridad.

Los estadistas del corte de Sharon y Bush igual que los skinheads, neonacis y policías inclinados a golpear o los militares afanosos de destruir todo lo que puedan y sus simpatizantes se han extraviado por causa de unos ideales de un modo semejante al de Martín Lutero y sus seguidores: en su extravío, intentaron e intentan destruir aquello que según su opinión supone un peligro tanto para sí mismos como para el bien social. El caldo de cultivo de semejante error se crea en la experiencia de escisión sufrida en la más tierna infancia al ser los bebés dejados aparte y experimentar el consecuente sentimiento de impotencia unido a ello.

El mismo error conduce a los imanes palestino a apelar a sus seguidores a convertirse en mártires. Otros más moderados entre ellos invocan la paz, a decir verdad, e indican crédulamente a lo que está escrito en el Corán, a saber, que no está permitido matar a mujeres y niños inocentes. Eso habría que escucharlo con oídos bien atentos y después considerar lo que pasa con *los* creyentes que contemplen la crudelísima conducta de los judíos reflejadas en imágenes como la del niño acribillado en los amantes brazos de su propio padre. ¿Quién ha de ser el que pierda la inocencia al contemplar semejantes imágenes? ¿El invisible soldado que dispara? ¿Sharon, quien dio las órdenes? ¿La mayoría del pueblo israelí que ha elegido a Sharon a sabiendas de que bajo sus órdenes se cometieron ya antes delitos de guerra?

El ejemplo muestra que incluso las frases religioso-canónicas citadas con buena voluntad pueden hacer las veces de índice de la balanza. Depende del grado de conciencia del individuo y del potencial de odio avivado en él el impulso al que vaya a ceder.

La salida: religación (re-ligión)

Mientras que la primera experiencia en la vida de las personas no sea otra que el dolor, el sentimiento de abandono, la impotencia y la escisión, permanecemos ciegos ante el conocimiento de que *uno de los más espantosos actos de violencia humana es el apartar a los bebés de las madres y por ende impedir la fase de la impronta*.

Si evitamos revivir las traumáticas experiencias por medio de un proceso de duelo individual (12), intentaremos compensar la humillación reprimida por medio de la venganza o bien nos comportaremos subconscientemente con nuestros prójimos del mismo modo que nosotros mismos hubimos de sufrir. Esto mismo crea nuevos traumas en las personas originalmente ajenas de estos hechos. Lo mismo sucede a nivel colectivo y social.

Las celebraciones y demostraciones colectivas que tienen lugar con motivo de días de rememoración y luto así como los aniversarios muestran las más veces un sentimiento de tristeza no claramente consciente por la injusticia sufrida en el pasado. Siempre que estos actos no permanezcan celebraciones en las que el individuo no reviva la injusticia cometida y el dolor tolerado, se seguirá escenificando una y otra vez la espantosa historia (13) para recordar de nuevo los ominosos sentimientos.

Solamente quien reviva sus propios traumas, se abra a ellos a fin de poder *sentir y hacer memoria* del sufrimiento de las pretéritas generaciones, podrá hacer las paces con el pasado. En este sentido el proceso de la Comisión de la Verdad sudafricana puede servirnos de buen ejemplo. Si no se procede de este modo y se cierran los ojos ante los delitos en lugar de meditar sobre ellos, proseguirá el círculo vicioso de la violencia de generación en generación. El potencial emocional que se descarga entonces, en todo caso, nos es asignado siempre de un modo individual con la humillación sufrida en la infancia más precoz.

Si somos conscientes de las consecuencias que trae consigo el dejar aparte a los bebés y qué horrendo precio en forma de sufrimiento e infelicidad pagamos por ello, pondremos todo de nuestra parte a fin de modificar nuestra conducta.

La nueva conciencia puede manifestarse en efectos a muy diversos niveles:

- en el respecto y la honoración a la maternidad que pudiera expresarse en un sueldo básico garantizado a las madres;

- en la cooperación de los varones de modo que las madres puedan disfrutar de cierto alivio durante los primeros meses tras el parto; los hombres deberían desarrollar su aspecto maternal simplemente atendiendo a la pareja en sus necesidades y cooperando más y más en la asistencia a los niños, lo cual pudiera promoverse por medio de unas vacaciones pagadas por paternidad.

Es de suma importancia que los futuros padres tomen contacto con el niño que albergan en sí mismos. Esto supondría una posibilidad de solución a la depresión posterior al parto de las madres afectadas por las carencias sufridas siendo niñas. Lo mismo cabe considerar respecto del padre que reacciona con celos (frecuentemente encubiertos con argumentos racionales) al dedicarse su pareja al bebé. Cuando los padres comiencen a reconocer esto, puede serles de gran ayuda ser asistidos de un modo competente y humano a la hora de revivir su dolor con el fin de aceptar al niño que se halla dentro de ellos mismos.

Cuando el dolor y la impotencia se reconozcan como indicios de todo lo que se ha omitido, se crean posibilidades para una auténtica prevención de la violencia. ¡Por eso debemos aprender de los niños!

Traducción: Miguel Carazo

Willi Maurer acompaña desde hace veinte años con su terapia emocional y corporal a personas que se encuentran a la búsqueda de sí mismas y enseña aikido.

En la red HOLON (www.holon.ch) está encargado de la sección AG "interrela-ciones psicológico-profundas".
Las experiencias de su extraordinario proceso de autoconocimiento y de su trabajo con jóvenes violentos han sido exhaustivamente expuestos por W. Maurer en su libro "Zugehörigkeit. Der verpasste Augenblick – ist er nachholbar?", publicado en propia editorial (puede solicitarse a: W. Maurer, CH-6994 Aranno o Buch2000, CH-8912 Obfelden).
(En voie de traduction en français, sera publié aux éditions Le Souffle d'Or)

Bibliografía temática:
1) *Renggli, Franz:* "Selbstzerstörung aus Verlassenheit"; Rasch und Röhring
Renggli, Franz: "Der Ursprung der Angst, antike Mythen und das Trauma der Geburt"; Walter
2) *Kirkilionis, Evelin:* "Ein Baby will getragen sein"; Kösel
3) *Liedloff, Jean:* "Auf der Suche nach dem verlorenen Glück"; Beck'sche Reihe
4) *Prescott J.W.*: www.psc.uc.edu/hs/HS_Prescott1.htm
5) *Odent Michel*: www.birthworks.org/primalhealth/
6) *Maurer, Willi:* "Zugehörigkeit. Der verpasste Augenblick – ist er nachholbar?"; en propia editorial
7) *Odent Michel:* "L'Amour scientifié", Jouvence, 2001
8) *Chamberlain, Sigrid:* "Adolf Hitler, die deutsche Mutter und ihr erstes Kind"; Psychosozial
9) *Bettelheim Bruno*: "So können sie nicht leben"; Klett
10) *Maurer, Willi:* "Los frutos codiciados" (workshop)
11) Walch, zitiert in: *Renggli, Franz:* "Selbstzerstörung aus Verlassenheit"; Rasch und Röhring
12) *Kübler-Ross Elisabeth*: "Sehnsucht nach Hause"; Silberschnur
13) Schützenberger Anne A.: "Aïe, mes aïeux"; La méridienne

Informaciones respectiva al tema en Internet:
www.birthworks.org/primalhealth/
www.fraternet.org/naissance//docs/pau-fr.htm
www.psc.uc.edu/hs/HS_Prescott1.htm
www.continuum-concept.org/
http://home.sunrise.ch/maurer_/

Cursos para llevar al bebé en un paño; paño para llevar al bebé: www.babytragen.com
Chalecos para llevar al bebé: www.carryme.ch

Workshop "LOS FRUTOS CODICIADOS"

En la era de la globalización, la privatización y el trasvase de poderes a ello unido, parece que al individuo humano le resulta cada vez más difícil percibir su co-responsabilidad y participar en los sucesos que tienen lugar en el mundo. La escenificación psicológica concebida por Willi "Los frutos codiciados", seguida de una imaginación dirigida al mundo de la primera infancia tiene por consecuencia unas profundas reflexiones acerca de
- los trasfondos psicológicos que influyen sobre nuestros modos de pensar, actuar, sentir y, por ende, nuestras elecciones de bienes de consumo;
- el origen de los temores que sentimos y por los cuales adolecemos de ser manipulados; la carencia íntima por la cual somos susceptibles de ser seducidos; el anhelo que nos mantiene en la somnolencia; el sentimiento de la impotencia que hace que nos resignemos;
- el poder del que disponemos en tanto consumidores.
A solicitud; para grupos de un mínimo de 15 participantes en el lugar indicado por los participantes mismos (de dos horas de duración).
Información: Willi Maurer, Doné, CH-6994 Aranno (http://home.sunrise.ch/maurer_/)